



El relato del Inquisidor

o, Los tres niños mágicos
y su perra sagrada

Adam Gidwitz

ILUMINADO POR
Hatem Aly

 Picarona

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

EL RELATO DEL INQUISIDOR

Texto: *Adam Gidwitz*

Ilustraciones: *Hatem Aly*

1.ª edición: junio de 2021

Título original: *The Inquisitor's Tale*

Traducción: *Manuel Manzano*

Maquetación: *El Taller del Llibre, S. L.*

Corrección: *Sara Moreno*

© 2016, Adam Gidwitz

(Reservados todos los derechos)

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.

www.edicionesobelisco.com

(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-472-4

Depósito Legal: B-7.087-2021

Impreso en SAGRAFIC

Passatge Carsí, 6 - 08025 Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

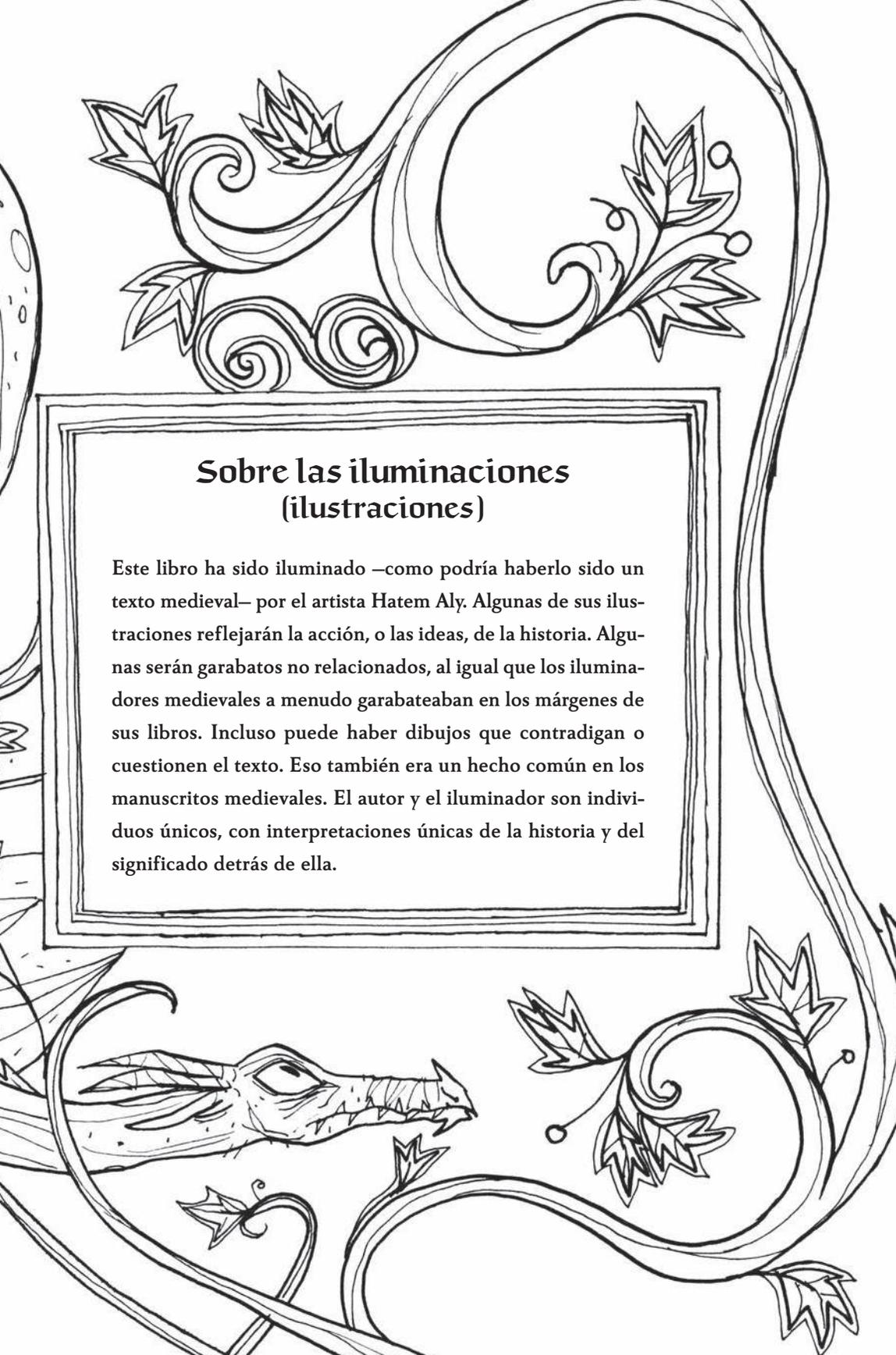
A todos aquellos que trabajan en la oscuridad
para sacar a la luz las épocas oscuras

—A. G.

A mis padres, incesantemente de acuerdo
en que siempre hay suficiente espacio para los garabatos

—H. A.



A decorative border made of black line art, featuring stylized vines, leaves, and a dragon's head at the bottom left. The border frames a central text box.

Sobre las iluminaciones (ilustraciones)

Este libro ha sido iluminado —como podría haberlo sido un texto medieval— por el artista Hatem Aly. Algunas de sus ilustraciones reflejarán la acción, o las ideas, de la historia. Algunas serán garabatos no relacionados, al igual que los iluminadores medievales a menudo garabateaban en los márgenes de sus libros. Incluso puede haber dibujos que contradigan o cuestionen el texto. Eso también era un hecho común en los manuscritos medievales. El autor y el iluminador son individuos únicos, con interpretaciones únicas de la historia y del significado detrás de ella.

Gloria a Dios por las cosas moteadas...
Todas las cosas a contracorriente, originales, restantes, extrañas.

—G. M. Hopkins, *Pied Beauty*

Amarás a tu vecino perverso
con tu corazón perverso.

—W. H. Auden, *As I Walked Out One Evening*

El rey está listo para la guerra.

Luis de Francia aún no ha cumplido los treinta y ya es el rey más grande de Europa. Ama a sus súbditos. Ama a Dios. Y sus ejércitos nunca han sido derrotados.

Esta guerra, sin embargo, es diferente.

No está luchando contra otro ejército.

No está luchando contra otro rey.

Está luchando contra tres niños.

Y su perra.

Hace una semana, Luis no había oído hablar de estos tres niños. Nadie lo había hecho. Pero ahora son los niños más famosos de Francia. Y los más buscados.

¿Cómo ha podido ocurrir eso? Eso es lo que me pregunto.

Por eso estoy en la posada del Camino de la Sagrada Cruz, a un día de caminata al norte de París. Es a principios de marzo, en el año de nuestro Señor de 1242. Afuera, el cielo está oscuro y cada vez lo estará más. El viento hace restallar las ramas de un roble contra los muros de la posada. Las contraventanas están bien cerradas para que no entre la oscuridad.

Es la noche perfecta para una historia.

La posada está llena. Carniceros y cerveceros, campesinos y sacerdotes, caballeros y donnadies. Todos están aquí para ver pasar al rey. ¿Quién sabe? Quizá también veamos a los niños. Y a esa perra suya. Realmente me gustaría ver a esa perra. Estoy sentado en un taburete tambaleante a una mesa de madera tosca. Está pegajosa a causa de toda la cerveza derramada. Estamos amontonados, hombro con hombro.

—Entonces —digo frotándome las manos—, ¿alguien sabe algo sobre esos niños? ¿Ésos a los que buscan? ¿Los de la perra?

La mesa prácticamente estalla.

Todos intentan hablar a la vez.

A mi lado hay una mujer de brazos gruesos, cabello castaño y dientes marrones. Su nombre es Marie, y es cervecera, elabora cerveza. Le pregunto de dónde es. Me dice que es del pueblo de Saint-Geneviève.

—¡De ahí es de donde es la chica! —le contesto—. ¿La conocías? ¿Antes de que se hiciera famosa?

—¿Conocerla? —dice Marie indignada—. ¡Prácticamente la crie! Bueno, yo no la crie, pero la conozco muy bien.

Me sonríe con sus dientes marrones. Le devuelvo la sonrisa.

—Está bien —le digo—. Entonces, hálame de ella.

Y así Marie nos cuenta todo sobre la chica más famosa de Francia.

A la que el rey ha declarado la guerra.



APÍTULO 1

El relato de la cervecera

La historia de Jeanne comienza cuando era una bebé.

Su madre y su padre eran los típicos campesinos. Pasaban todo el día en el campo, como la mayoría de la gente de nuestro pueblo. Pero había una cosa que los hacía especiales. Tenían una perra. Una perra muy hermosa. Galga de raza, de color blanco con un reflejo cobrizo en el hocico. La llamaban Gwenforte, que es un nombre ridículo para una perra, si es que quieres saber mi opinión. Pero ellos nunca me preguntaron nada, así que la llamaron así.

Adoraban a Gwenforte. Y confiaban en ella.

Y así, un día se fueron al campo a trabajar y dejaron a Jeanne, que sólo era un bebé, con Gwenforte.

—¿Qué? —la interrumpo—. ¿Usaron a una perra como niñera?

—Bueno... sí. Supongo que lo hicieron.

—¿Eso es normal? ¿Para los campesinos? ¿Usar perros como niñeras?

—No. Supongo que no lo es. Pero era una perra realmente buena.

—Oh. Eso lo explica.

Tienes que entenderlo: Gwenforte amaba tanto a esa niña y era tan protectora con ella que nadie se preocupó por eso.

Pero quizá deberíamos haberlo hecho.

Porque cuando los padres de Jeanne estaban en el campo, trabajando bajo el sol ardiente, una serpiente se deslizó dentro de su casa. Era una víbora, con ojos brillantes y triángulos negros en el lomo. El día era caluroso, como ya he dicho, pero la casa estaba fresca y oscura porque las paredes de nuestras casas son gruesas, están hechas de barro y paja, y la única ventana es un agujero redondo en el techo, por donde sale el humo del fuego para cocinar.

La víbora, venenosa y silenciosa como el mismo diablo, se deslizó por la rendija entre la delgada puerta de madera y el suelo de barro.

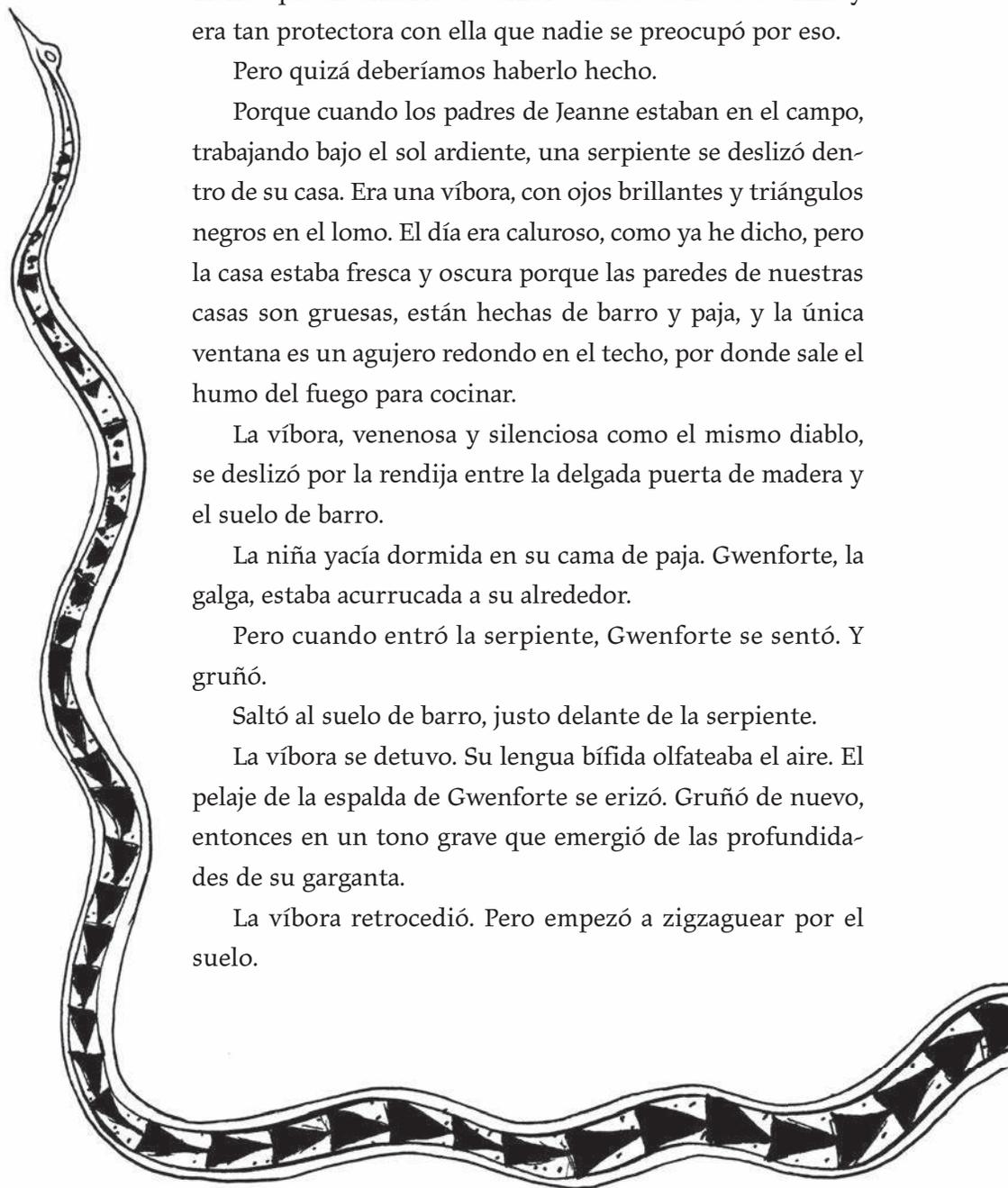
La niña yacía dormida en su cama de paja. Gwenforte, la galga, estaba acurrucada a su alrededor.

Pero cuando entró la serpiente, Gwenforte se sentó. Y gruñó.

Saltó al suelo de barro, justo delante de la serpiente.

La víbora se detuvo. Su lengua bífida olfateaba el aire. El pelaje de la espalda de Gwenforte se erizó. Gruñó de nuevo, entonces en un tono grave que emergió de las profundidades de su garganta.

La víbora retrocedió. Pero empezó a zigzagear por el suelo.



Gwenforte volvió a gruñir.

La víbora atacó.

Las víboras, como sabrás, son muy rápidas.

Pero también los galgos lo son.

Gwenforte se apartó de su trayectoria justo a tiempo y cerró las mandíbulas en la parte posterior del cuello de la víbora. Luego comenzó a sacudir a la serpiente. Saltó y corrió por toda aquella casa de una sola habitación, sacudiendo y zarandeando a la serpiente, hasta que el heno de las camas acabó esparcido por completo y el círculo de piedras del fuego descalabrado y la víbora se rompió la espalda. Finalmente, arrojó su cadáver a un rincón.

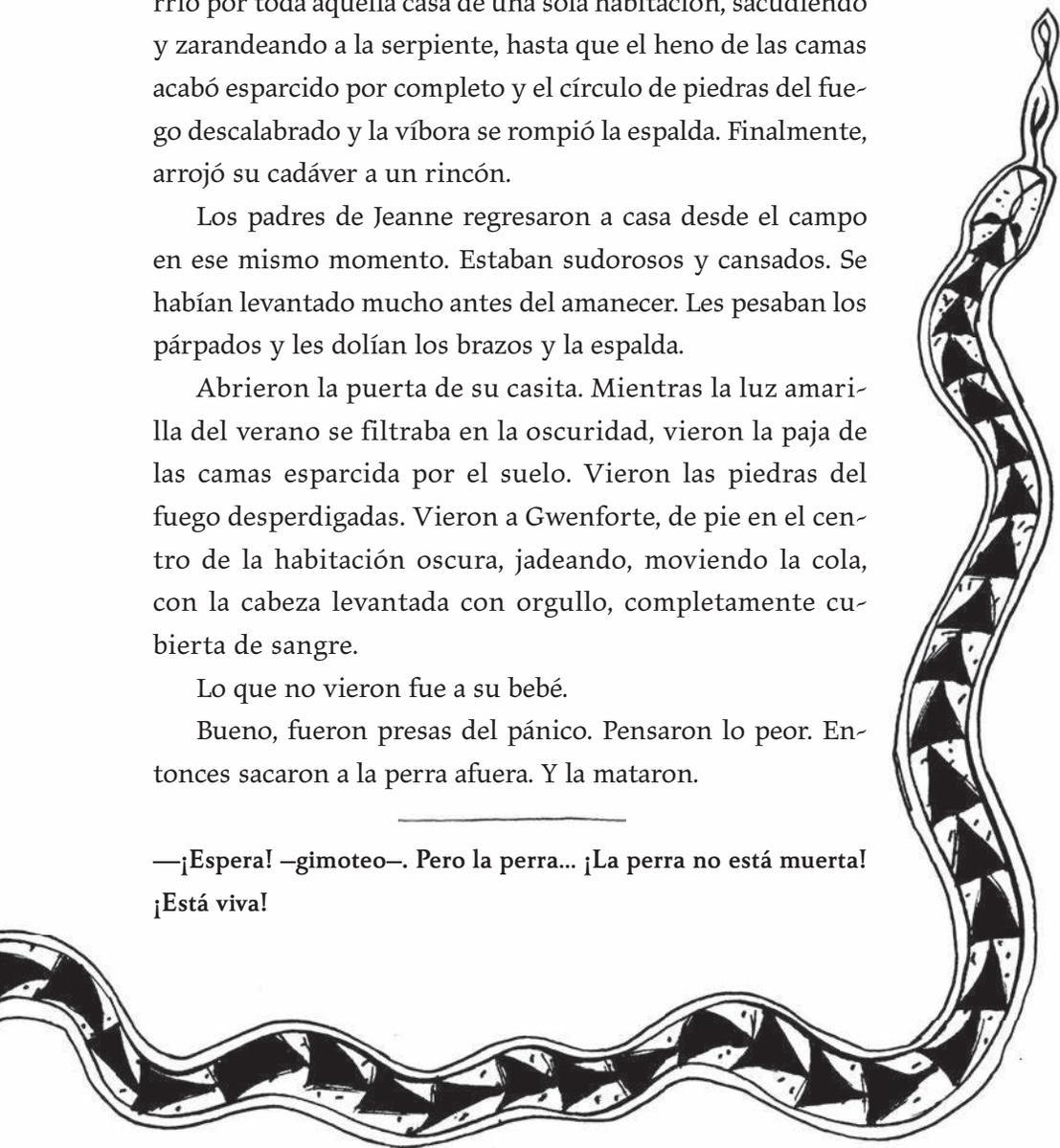
Los padres de Jeanne regresaron a casa desde el campo en ese mismo momento. Estaban sudorosos y cansados. Se habían levantado mucho antes del amanecer. Les pesaban los párpados y les dolían los brazos y la espalda.

Abrieron la puerta de su casita. Mientras la luz amarilla del verano se filtraba en la oscuridad, vieron la paja de las camas esparcida por el suelo. Vieron las piedras del fuego desperdigadas. Vieron a Gwenforte, de pie en el centro de la habitación oscura, jadeando, moviendo la cola, con la cabeza levantada con orgullo, completamente cubierta de sangre.

Lo que no vieron fue a su bebé.

Bueno, fueron presas del pánico. Pensaron lo peor. Entonces sacaron a la perra afuera. Y la mataron.

—¡Espera! —gimoteo—. Pero la perra... ¡La perra no está muerta!
¡Está viva!



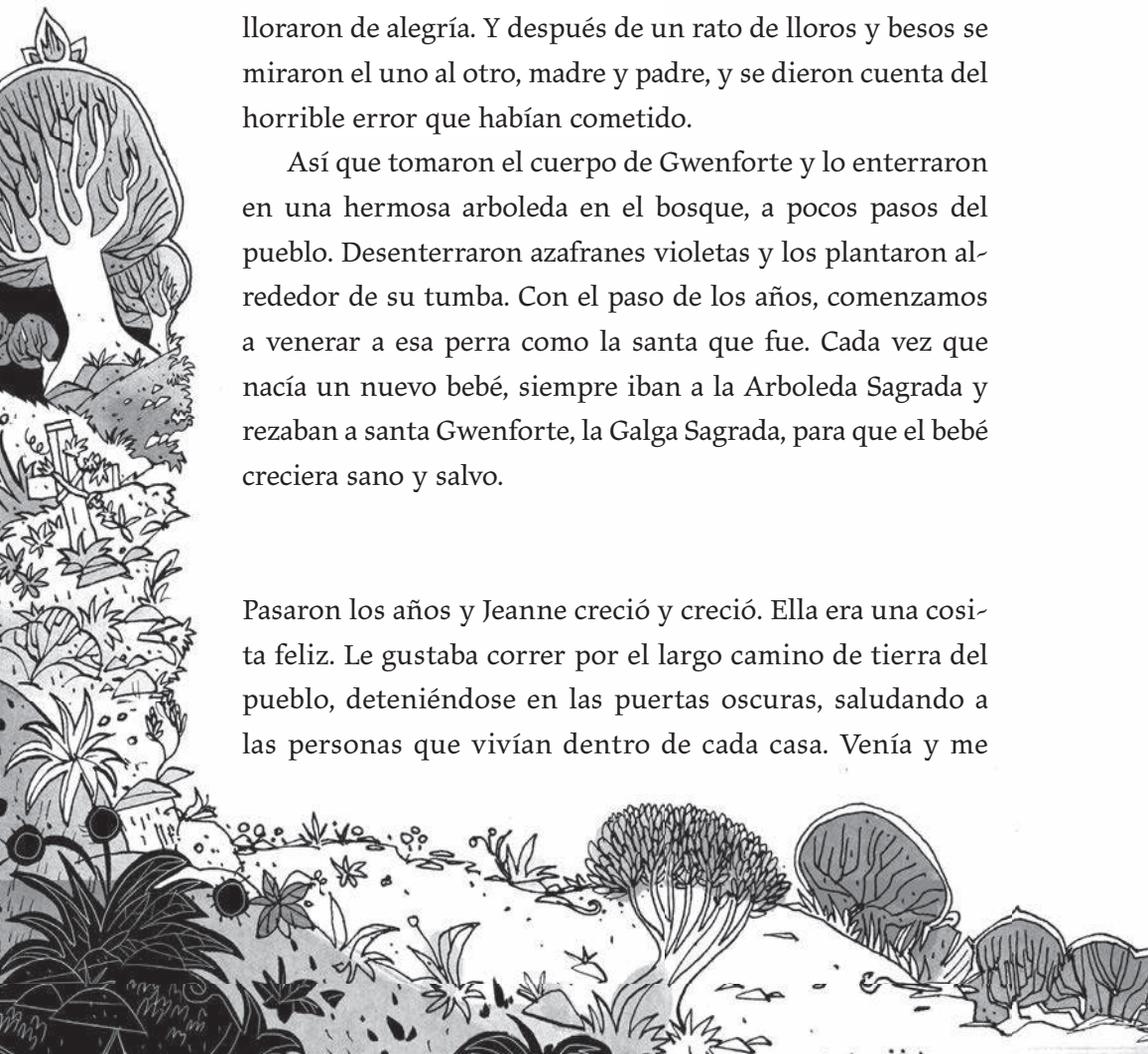
—Estaba muerta —dice Marie—. Ahora está viva.
Abro la boca y no sale ningún sonido.

Volvieron a casa y trataron de reconstruir su vida. Lloraron mucho, por supuesto, porque amaban a esa perra y amaban a su pequeña aún más. Pero nosotros, los campesinos, sabemos que la vida no se detiene por muchas lágrimas que nos caigan. Así que se pusieron a limpiar. Colocaron de nuevo las piedras en el hogar, recogieron el heno de las camas. Y entonces es cuando la vieron. Jeanne estaba dormida entre el heno. Y en un rincón, la serpiente muerta.

Bueno, tomaron a su hija y la abrazaron con fuerza y lloraron de alegría. Y después de un rato de lloros y besos se miraron el uno al otro, madre y padre, y se dieron cuenta del horrible error que habían cometido.

Así que tomaron el cuerpo de Gwenforte y lo enterraron en una hermosa arboleda en el bosque, a pocos pasos del pueblo. Desenterraron azafranes violetas y los plantaron alrededor de su tumba. Con el paso de los años, comenzamos a venerar a esa perra como la santa que fue. Cada vez que nacía un nuevo bebé, siempre iban a la Arboleda Sagrada y rezaban a santa Gwenforte, la Galga Sagrada, para que el bebé creciera sano y salvo.

Pasaron los años y Jeanne creció y creció. Ella era una cosita feliz. Le gustaba correr por el largo camino de tierra del pueblo, deteniéndose en las puertas oscuras, saludando a las personas que vivían dentro de cada casa. Venía y me



ayudaba a remover el lúpulo en mi vieja barrica de roble. Visitaba al sacerdote Peter, que vivía con su esposa, Ygraine, aunque se supone que no debe tener esposa, por ser sacerdote. Pasaba a ver a Marc, el hijo de Marc, que también tenía un niño llamado Marc. Sin embargo, no visitaba a Charles, el alguacil, que es mi cuñado, porque además de ser nuestro oficial de paz, también es tan amable como un viejo palo.

Pero de todos los campesinos de nuestro pueblo, y había más que esas personas que he nombrado, pero no quiero aburrirlos con la larga lista de quienes no entran en la historia, la favorita de Jeanne era la vieja Theresa.

La vieja Theresa era extraña. Cazaba ranas en los arroyos del bosque y metía su sangre en tinajas para dárselas a la gente cuando estaba enferma. Observaba las estrellas por la noche y, según cómo se movían, nos contaba nuestro futuro. Era, creo que es justo decirlo, una bruja. Pero era una vieja bruja agradable, y siempre fue amable con la pequeña Jeanne.

Y luego, un día, resultó que la pequeña Jeanne era tan extraña como Theresa.

Estuve allí la primera vez que sucedió. No podía tener más de tres años. Estaba persiguiendo a Marc, hijo de Marc, hijo de Marc, por mi jardín, cuando se detuvo en seco. Se quedó allí rígida, como una pila de piedras, y puso los ojos en blanco. Luego cayó al suelo, como si alguien hubiera derribado el montón de piedras. Se quedó tendida en el suelo y vi que los regordetes brazos y piernas le temblaban y los dientes rechinaban en su boca. ¡Me asustó muchísimo, vaya si lo hizo! Gritando, corrí a llamar a la vieja Theresa, porque



ella es la única que nunca está en el campo. Así que nos acurrucamos junto a la pequeña Jeanne.

Y luego, el ataque se detuvo. La respiración de Jeanne era irregular, pero ya no temblaba. Theresa se inclinó y despertó a la niña. Ahuecó su mano arrugada en la nuca de Jeanne. Jeanne abrió los ojos. La vieja Theresa le preguntó qué había pasado, cómo se sentía, ese tipo de cosas. Yo estaba inclinada sobre ellas, preguntando si Jeanne se iba a poner bien. Y entonces Theresa preguntó: «¿Has visto algo, pequeña?». No sé qué quiso decir.

Pero, finalmente, el rostro de Jeanne se aclaró y respondió: «Vi la lluvia».

Y luego, en ese mismo instante, retumbó un trueno en las alturas y el cielo se abrió de par en par y la lluvia comenzó a caer.

Lo juro por mi propia vida.

Me persigné unas cien veces y estaba a punto de ir a contarle a todo el mundo el milagro que acababa de presenciar, cuando Theresa me agarró por la muñeca.

Theresa tenía los ojos de un azul lechoso. Me apretó la muñeca con fuerza. Y me dijo: «No le digas a nadie lo que acaba de pasar. —La lluvia corría por las arrugas en su cara como si fueran cauces—. No se lo digas a nadie. Ni siquiera a sus padres. Déjame ocuparme de esto. Júramelo».

Vaya, eso es algo difícil de pedir: ver a una niña pequeña realizar un milagro y no decirle nada ni a sus padres ni a nadie... Pero cuando la vieja Theresa te agarra la muñeca y te mira con esos ojos de color azul pálido, casi blanco... Bueno, se lo juré.

Después de eso, Jeanne pasó mucho tiempo con Theresa. Tuvo más ataques, pero nunca volvió a ver el futuro. O si lo hizo, no le dijo a nadie lo que vio.

Hasta que un día, unos años después. Yo estaba con ella y con Theresa cuando Jeanne tuvo otro de sus ataques. Se cayó al suelo, empezó a temblar, puso los ojos en blanco, y cuando se despertó, dijo que venía un gigante. Theresa dijo que eso era una tontería y que se callara. No había gigantes en esta parte de Francia. Pero lo dijo una y otra vez. Yo no podía entender por qué decía todo aquello delante de mí. ¿No le había dicho Theresa que mantuviera la boca cerrada?

Pero luego Jeanne dijo que el gigante venía a llevarse a la vieja Theresa.

Eso nos asustó. Lo admito. Theresa se quedó muy callada cuando escuchó aquello.

Al día siguiente, efectivamente, llegó el gigante. No sé si era *realmente* un gigante o simplemente el hombre más grande que había visto en mi vida. Pero Marc, hijo de Marc, padre de Marc, que es el hombre más alto de nuestra ciudad, sólo le llegaba hasta la mitad del pecho. El gigante tenía una mata de pelo rojo y salvaje que le sobresalía de la coronilla, y unos bigotes rojos que casi le tapaban la papada. Y vestía una túnica negra, el hábito negro de un monje.

Se llamó a sí mismo Michelangelo. Michelangelo di Bologna.

La pequeña Jeanne estaba trabajando con sus padres en el campo cuando se corrió la voz de que había llegado el gigante. Corrió hasta el límite de las huertas. Vio al gigante



caminando hacia el pueblo, con su túnica negra ondeando detrás de él.

Cruzando el pueblo en dirección al gigante iba el idiota de mi cuñado, Charles el alguacil. Llevaba a Theresa del brazo y gritaba no sé qué tonterías sobre las nuevas leyes sobre la erradicación de la herejía y de la hechicería pagana y algunas otras frases extravagantes que acababa de aprender esa semana, supuse. Hizo una exagerada inclinación frente al gigante y luego empujó a Theresa hacia él, como si fuera una leprosa. El gigante le agarró la delgada muñeca y comenzó a arrastrar a la vieja Theresa fuera del pueblo.

Jeanne bajó corriendo desde el borde de los campos.

—¡Charles! —gritó—. ¿Qué está pasando? ¿Qué está haciendo con Theresa?

Charles le habló como si Jeanne fuera una niña pequeña.

—No lo sé. Pero imagino que Michelangelo di Bologna la llevará de regreso al santo monasterio de Saint-Denis y la quemará en la hoguera por magia pagana, por brujería. La quemará viva. Lo cual es bueno y correcto y como debe ser, mi pastelito de peras.

La pequeña Jeanne lanzó a Charles una mirada de odio tan puro y profundo que no creo que lo haya olvidado hasta el día de hoy. Sé que no lo ha hecho. Luego salió corriendo por el camino tras el gigante y Theresa, gritando y chillando, diciéndole al gigante que le devolviera a Theresa. Nunca se ha visto a una chica demostrar semejante fiereza.

—¡Devuélvemela! —lloraba—. ¡Devuélvemela!

La vieja Theresa se dio la vuelta. Su rostro arrugado se contrajo de miedo cuando vio lo que estaba haciendo la pequeña Jeanne.

—¡Jeanne! —siseó—. ¡Vamos! ¡Tranquila! ¡Regresa!

Pero Jeanne no se calmó.

—¡Estúpido gigante! —gritó mientras los alcanzaba y se detenía justo detrás de ellos—. ¡Para! ¡Detente, tú... rojo... gordo... malvado gigante!

Lentamente, el monje se dio la vuelta. Su sombra envolvió a la niña.

Bajó la mirada hacia ella, sus pálidos ojos rojos mostraban una expresión de vaga curiosidad.

Jeanne volvió a mirarlo, como si David se enfrentara a Goliat. Excepto que este Goliat parecía estar en llamas.

Y entonces el monje hizo algo realmente aterrador.

Se rio.

Se rio de la pequeña Jeanne.

Luego se llevó a rastras a la vieja Theresa. Y nunca la volvimos a ver.

Jeanne corrió a casa, con las lágrimas volando detrás de ella. Abrió la delgada puerta de madera de su casa, se derrumbó en la cama y lloró.

Su madre entró justo después de ella. Sus pasos eran suaves y tranquilizadores sobre el suelo de tierra. Se dejó caer en el heno junto a Jeanne y comenzó a acariciarle el cabello.

—¿Qué pasa, mi niña? —le preguntó—. ¿Tienes miedo por Theresa? —dijo pasando los dedos por los enredados mechones de Jeanne.



Jeanne se dio la vuelta y miró entre lágrimas a su madre. Su madre tenía un lunar del color de la piel justo a la izquierda de la boca y el cabello tan enredado y desordenado como el de su hija. Después de un momento, Jeanne dijo:

—No quiero que me quemem viva.

El rostro de su madre cambió.

—¿Por qué deberían quemarte viva, Jeanne?

Jeanne miró a su madre. Su visión se había hecho realidad. ¿No era eso brujería?

El rostro de su madre cambió. Ya no era reconfortante. Parecía... enojado.

—¿Por qué deberían quemarte viva, Jeanne? ¡Dime!

Jeanne vaciló.

—No lo sé —murmuró, y volvió a hundir la cara en el heno.

—¿Por qué, Jeanne? ¡Jeanne, respóndeme!

Pero Jeanne tenía demasiado miedo para hablar.

A partir de ese día, Jeanne fue diferente. Todavía sufría sus ataques, por supuesto, pero nunca abrió la boca sobre lo que veía. Ni una sola vez. Es más, ya no era la niña feliz que fue antaño. Ya no asomaba la cabeza por nuestras cabañas ni perseguía a Marc, hijo de Marc, hijo de Marc, de un lado a otro. Se volvió más seria, con una actitud más vigilante. Casi como si estuviera asustada. Sin embargo, no asustada de otras personas.

Más bien parecía que estuviera asustada de sí misma.

Y después, hace aproximadamente una semana, llegaron unos hombres a nuestro pueblo y se llevaron a Jeanne.

—Y ése es el final de mi historia.

Estoy a medio beber un trago de mi cerveza y casi la escupo por toda la mesa.

—¿Qué?! ¿Ya está? ¿Se la llevaron? ¿Por qué? —balbuceo—. ¿Quiénes eran? ¿Y la perra? ¡¿Cómo volvió a la vida?!

—Yo puedo decírtelo.

Ésa no es la voz de Marie. Es una monja en la mesa de al lado. Ha estado escuchando la historia, obviamente, y ahora se inclina hacia atrás en su pequeño taburete.

—Conozco la historia de Gwenforte y de los hombres que se llevaron a la pequeña Jeanne.

Es una anciana diminuta, con cabello plateado y ojos azules brillantes. Y su acento es extraño. Es más refinado que cualquiera que haya escuchado. Pero está un poco... apagado. No puedo decir por qué.

—¿Qué sabes tú de Gwenforte y de Jeanne? —le pregunta Marie—. ¡Ni siquiera has puesto un pie en nuestro pueblo!

—Pero conozco la historia —responde la monja.

—Entonces, por favor —le ruego—, explícanosla.